

January 2016

Desaprender para aprender lo humano

Hernán Ferney Rodríguez García

Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle, Bogotá, hfrodriguez@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Rodríguez García, H. F. (2016). Desaprender para aprender lo humano. Revista de la Universidad de La Salle, (70), 101-112.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Desaprender

para aprender
lo humano



Hernán Ferney Rodríguez García*

■ Resumen

El presente artículo refleja un acercamiento a la posibilidad de desaprender lo humano, para adentrarse en un proceso de comprensión sobre lo humano. Se pone de manifiesto la necesidad de un olvido que suponga el alejamiento de los campamentos base, en razón de experimentar nuevas posibilidades que le den sentido a la condición humana. El propósito de todo el texto es darle forma al carácter humano, a partir de posicionar la custodia y el cuidado de sí y de la vida. Esto con el ánimo de construir un hombre que dimensione el valor que tiene interpretar sus propias vivencias, a modo de posibilitar una forma de posicionarse en el mundo.

Palabras clave: humano, desaprendizaje, aprendizaje, comprensión, cuidado de sí, experiencia, vida.

* Profesional en Filosofía y Letras de la Universidad de La Salle, Colombia. Magíster en Filosofía de la misma institución y doctorando en Filosofía en la Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Docente de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: hfrodriguez@unisalle.edu.co

Es necesario caminar antes de correr.

Fiodor Dostoyevski

*En la naturaleza no existe nada tan péfido,
salvaje y cruel como la gente normal.*

Hermann Hesse

*La vida de cada hombre es un camino
hacia sí mismo, el ensayo de un camino,
el boceto de un sendero.*

Hermann Hesse

Para aprender lo humano, ¿no debería el hombre experimentar primero un proceso de des-aprendizaje? El hombre parece aferrarse a lo incierto. Esto supone que atienda una serie infinita de parámetros que dirijan su vida. Empero, ¿entiende y dimensiona las múltiples aristas que, al parecer, le dan sentido a su humanidad? A simple vista, no. Por dicha razón, resulta necesario comprender de manera abierta qué posibilidades tiene de desaprenderse, es decir, desligarse de todo presupuesto, para aprender sobre su humanidad y con ello suponer que ha encontrado una forma propia de experimentar su condición humana.

En esta idea de *desaprendizaje* de lo dado o establecido, uno de los inicios supone tratar de involucrarse voluntariamente, en sentido aristotélico (Aristóteles, 1993, 2004, 2012), en una especie de olvido. No cabe duda de que este primer paso podría ser denominado de múltiples formas, o en correspondencia con distintas instancias teóricas,¹ pero en últimas a lo que se debe llegar es al olvido: se deben olvidar creencias, tradiciones, formas de comportamiento, imaginarios y hasta dudar, en muchos aspectos, de nuestros sentidos. No habría que asustarse, en cuanto no es una pérdida para siempre de aquellos parámetros que, al parecer, dan sustento a la humanidad, sino entender que es más bien un nuevo comienzo. Así, imagínese un hombre que no tiene religión, que no responde a ninguna tradición, que no ha sido educado en ninguna ética;

¹ Reificación para Honneth (2007).

o que hasta ahora no se ha dejado imbuir por ningún imaginario, que no adopta ningún marco de referencia.

Sin embargo, ¿por qué es posible el desaprendizaje y de nuevo el aprendizaje? Porque, como dice Todorov:

[...] el ser humano no sólo es inconstante, cambiante (en la diacronía), también es múltiple en la sincronía [...] Además, en las múltiples escenas en la que se representa la comedia humana existen personajes con amor propio, orgullo, interés y pasiones en el interior del corazón. (1995, p. 166)

Entre ese tipo de *instintos* propios, si así se les puede llamar, el hombre presenta una maleabilidad sin precedentes. El humano es un ser maleable. Empero, la habilidad que tiene el hombre para transformar su entorno, implica cierta responsabilidad. Ahora, no podríamos entrar a definir qué tipo de responsabilidad, sin que ello ya no presente un marco que dimensione eso que se quiere olvidar. De este modo, ni la responsabilidad expuesta por Arendt (2007), ni la de Jonas (1995), ni la de Lévinas (1977), tal y como las exponen en cuanto que enfrentamiento, posición de bienestar e interés por el otro, asumen credibilidad, a no ser que el sujeto en su nuevo aprendizaje las quiera sumar a su visión de lo humano, en razón de que le generen cierto nivel de conexión.

Si se supone que sea cierto y posible esta especie de olvido, esta posibilidad de abstracción de todo lo preestablecido y que se nos presenta como dado, se situará, entonces, este hombre como una hoja en blanco. Con dicha disposición, el hombre debe comenzar a experimentar todo lo que le sea posible. No obstante, podría ser un buen comienzo dar cuenta, en primer lugar, de aquello que le genere una mayor impresión. Así, el hombre debe experimentar las distintas religiones, tradiciones y éticas, modos de entender lo político y las formas de interactuar en la cultura. Con todo ello, la idea es que comience a deletrear de cada una de ellas aquello que realmente le produzca una serie de intereses significativos; deletrearse y configurar, de este modo, una razón de ser propia, aunque implique la relación de un poco de aquello, una pizca de allá, un rasgo de esos y lo demás que también se pueda sumar a la lista.

Uno de los problemas más comunes que se pueden presentar en este proceso es comprender qué parte de la dificultad de lo dado está determinada para que una y otra vez el hombre haya caído en los fundamentalismos. Los fundamentalismos que posicionan cualquier movimiento y teoría, en cuanto, como asevera Sloterdijk (1989, 2012), terminan siendo tan herméticos que su única forma de adquirir sentido les lleva a arrastrar al hombre para cubrir todos los vacíos existentes. Así que lo cerrado de estos fundamentalismos supone para el hombre ya un marco de interpretación, como sostiene Butler (2010). Cada uno de estos fundamentalismos le ofrece ya un encuadre al que se ajusta su vida. El sujeto no encuentra una manera de desarrollo libre, sino que se suma a los parámetros mismos que posicionan una teoría, llámese cristianismo, existencialismo, hedonismo, marxismo, capitalismo.

Por todos estos cuestionamientos y algunos otros existe una necesidad latente de darle forma a lo humano, sin caer en la limitación que le da fuerza a los fundamentalismos. El funcionamiento de las cosas debe a su vez ser desaprendido. Dado que todo parece indicar una serie de normas, de reglas, modelos que se desencadenan y que son asumidos sin darle el hombre la posibilidad de aprender, de echar a rodar. Sería interesante que cada individuo superara los muchos manuales de la vida y se atreviera a oprimir botones con la posibilidad de asombro, de ir aprendiendo en un proceso de comprensión el para qué y el porqué de cada cosa. De ahí en adelante adentrarse en un proceso de aprendizaje sobre su humanidad y la de aquellos que lo rodean. La tarea no es tan compleja, solo conlleva un encuentro personal de carácter reflexivo consigo mismo.

Para esto no puede ponerse límites a la experiencia de lo humano, hacerlo de entrada supone limitar al hombre. Vale comprender que la experiencia misma es vasta, tanto en sentidos como en significaciones, lo que conlleva un sinnúmero de apuestas y posibilidades que pueden marcar y modificar la idea en que se experiencia lo humano. Lo humano no puede entenderse como una división, sino como un hombre integral, una unidad indivisible. El aporte a dicha unidad se logra en parte con el aprendizaje sobre el que se dialoga, dado que con la inscripción de nuevas experiencias se permite robustecer un carácter que defina en sí al hombre que busca lo humano.

Para lograr el aprendizaje de lo humano resulta evidente la necesidad de adoptar nuevos hábitos. Como afirma Solterdijk (2012), en un sugestivo verso tomado de un poema de Rilke, existe la necesidad de darle un vuelco a la vida, a la existencia: *has de cambiar tu vida*. Este cambio de vida conlleva una retirada de lo acostumbrado hacia lo desacostumbrado. Allí pierden vigencia los imperativos absolutos y comienzan a construirse una serie de juegos maestros, que le permiten a lo humano moverse en un ámbito local y universal, conforme a los mismos virajes que supone estar en el mundo y hacer parte de él. En esta apuesta, si se quiere posibilitar una remundanización, como sostiene este autor, es necesario dejar los arsenales de la antropotécnica ya prescritos y criticar, sobre todo, sus procesos repetitivos. Cuando el hombre deja de lado los ejercicios repetitivos y entiende la falla, no como un factor de frustración, sino como un aliciente en torno a la búsqueda de nuevas respuestas, estas le dan mayor sentido a su vida y a las acciones que acomete.

Asimismo, en este aprendizaje de lo humano es pertinente obviar las respuestas lógicas que momifican los criterios para vivir. Existe un gran número de enunciados que se sustentan a partir de las conversiones: si haces esto, tienes tal nivel, y ello implica cierta recompensa; contrariamente, si no ejecutas esto en la conversión, puedes llegar a ser repudiado. Esta lógica, que enuncia directamente el grado en el que son clasificadas las acciones o los modos de vida, enreda sobre manera el espíritu y lo lleva a odiar la imperfección. Este arte *inhumano* de las mediciones supone una modelación disciplinaria del mundo, donde no se abre paso a las vivencias.

En dicho sentido, se vive lo humano como si únicamente el factor medida fueran las exigencias de la sociedad. Pero este modelo reducido de aprehensión implica un oscurecimiento de lo humano. Por tal razón, el mundo necesita que se ejercite lo humano. En ese ejercicio, el hombre comienza a encontrarse consigo mismo, entendiendo, por ejemplo, que todo hombre tiene un semblante que no le permite soportar el sufrimiento de los otros. Con esto, puede llegar a pensar la importancia que tiene para sí y para la comprensión del mundo que lo rodea, desde las premisas arendtianas (2010), los sentimientos de conmiseración en el aprendizaje de la condición humana.

Cuando al hombre que ingresa en este aprendizaje, le es preciso modificar los paradigmas sobre la condición humana, ello implica que sea consciente de las obligaciones concretas que debe tener sobre el cuidado y la custodia de la vida. Con esto, la tarea de cuidado y custodia se presenta extensa, en el sentido que debe generarse una apropiación de lo más simple y sencillo, así como de aquello que aparentemente tiene el velo de la complejidad. El hombre, según Vásquez (2009), debe cuidar: el día, el propio ser, lo pequeño, los sentidos, la experiencia, el estudio, la familia, la perseverancia, la palabra, el dolor, los desafíos, los amigos, los maestros, el poder, la ternura, la música, la oración, el vivir sin miedo, el desapego, el gusto por viajar, el poderse renovar, el saber escuchar a los otros, la lectura, la juventud, la vejez, la risa, el humor, la sabiduría, el desaprender, la vocación, la facultad de soñar, las percepciones, el amor, los distintos puntos de vista, la poesía, la tristeza, el pasado, la no repetición de errores, la esperanza, entre muchos otros cuidados más, que dan ese aliciente a la vida y le dan la calidad de ser vivida.

Así mismo, el hombre debe estar orientado por un principio de reciprocidad y solidaridad. El respeto y amor del hombre por la humanidad principia un motivo de certeza sobre la existencia. En el fondo, este aprendizaje evidencia un optimismo de largo aliento sobre la humanidad. El hombre no puede darse a la tarea de estigmatizarla, dado que ello supondría que se estigmatiza a sí mismo. El interés por señalar ese lado amable de la vida resulta de afrontar de manera detallada la cotidianidad, en la que se tejen hilos de sabiduría que permiten disfrutar y sentir a plenitud la experiencia única de poder decirse y afirmarse vivo. Avalar tal fortuna debe complementarse con la certeza de que las oportunidades son las que deben multiplicarse, y no los impedimentos.

Uno de los más grandes impedimentos para aprehender la condición humana es no reconocer que esta se ha visto históricamente atada por continuas formas y modos de dominio. Allí la esclavitud de los hombres ha sido el pan de cada día. Las ansias de poder de unos sobre otros han llevado a la deshumanización del hombre. Sin embargo, en una lectura contraria de carácter histórico, siguiendo a Fernández (2005), solo la dominación se le hace evidente si se lucha contra ella. Por ello, y en la dirección de algunas figuras conceptuales, vale la pena decir:

todo condicionamiento se asegura cuando puede poner bajo custodia permanente los pensamientos, las ilusiones y la esperanza de los demás. Pero si se llama la atención sobre un estado de conciencia, un estado de alienación funcional, de reflexión exterior e interior, se podrá hacer justicia sobre los contenidos dominantes. En otras palabras, una inflexión sobre la perspectiva de cómo se debe concebir la dominación, es aquella en la cual el hombre entiende su razón de ser en singular, para que luego ello le permita pensarse desde lo colectivo.

No cabe duda de que la dominación es provocadora, dado que tiene un ADN, como dice Sloterdijk (2012), que deriva de muchos ejercicios teóricos y prácticos de lenguaje que llevan a un extrañamiento de la parte vivencial del hombre y le producen una especie de sumisión a partir de lógicas ajenas. Empero, la pregunta clave, que puede ser una contraparte importante, es saber a simple vista qué es aquello que nos hace humanos, lo que realmente nos hace humanos. En respuestas pragmáticas, podría suponerse que esa capacidad misma de resistir y de sobreponerse hasta la misma represión o dominación, así como la capacidad para el cambio. Porque en cuanto que humano, nada de lo que se ha relacionado o ha estado cercano a lo humano debe ser distanciado: la dominación ha sido experimentada por el hombre, por ello hace parte de ese cúmulo también vivencial. Debe recordarse que toda distancia del hombre de su condición humana disminuye su posibilidad de conocimiento recíproco. Como señala Arendt: "ninguna clase de vida humana, ni siquiera la de ermitaño en la agreste naturaleza, resulta posible sin un mundo que directa o indirectamente testimonia la presencia de otros seres humanos" (2005, p. 51).

¿Cómo hablar de una epistemología evolutiva del carácter humano? Por un individuo no se conoce la especie, pero en un individuo se pueden asimilar ciertos rasgos que posibilitan un sentido de aproximación. La técnica es importante en la configuración de lo humano. Sin embargo, la técnica misma tiene que brindar la opción de un crecimiento, un espacio para el bienestar y no para la destrucción. Así mismo, en este uso de la técnica, el hombre no puede estar por encima de la naturaleza, como señala Jonas (1995). Dado que si bien la naturaleza está a su servicio, esto también supone cierto cuidado que repercute directamente en la humanidad del hombre. Es decir, todo conocimiento surge

en correlación y equilibrio. Dilucidar el fenómeno de las tensiones verticales, supone una existencia confusa e inaugura una secta en la que pelagra lo humano. La autoridad *no esclavizadora* de los recursos y del conocimiento es una forma *no represiva* que puede dictaminar una experiencia de rango distintiva del nuevo aprendizaje de lo humano.

Para Fernández (2005) es claro que el sujeto se opone a las formas de opresión que lo objetivan y lo cosifican. Para esta autora, lo que queda por afirmar al respecto es que concurre respecto de la condición humana una continua denuncia moral de justicia, que si bien muchas veces es de carácter subjetivo, termina por empoderar a modo de reivindicación el papel mismo del hombre, desde su modo de sobrellevarse en el mundo. Lo que lleva a preguntarse, en esta misma línea, si acaso el ser humano se percata de ciertas fronteras que aparecen en el transcurso de la vida: ¿fronteras que lo limitan? O, así mismo, ¿existen fronteras violables o inviolables de la condición humana?

Si bien es muy difícil apreciar dónde inicia y dónde termina una frontera, y mucho más cómo se transgrede o qué no es posible transgredir, sí cabe advertir que hay necesidad de un olvido sistémico del dolor, aunque ello mismo suponga una de las experiencias más confrontantes para el desarrollo de lo humano. Allí aparece un rescate que involucra la elección de pensar lo humano y su multiplicidad de fenómenos, aunque ello implique la opresión y la marginación. Es plausible que lo humano se vea invisibilizado por esos marcos hegemónicos e institucionalizados que preconizan una versión del hombre reducida y objetivada por un código que supone un número, ya sea de identidad, o de seguro social.

No obstante, una solución importante viene dada en la medida en que se puede utilizar el pensamiento metafórico, ya que este goza de la posibilidad de dejar las lógicas reinantes en un segundo plano. A su vez, robustece la capacidad imaginativa, sin que esta se encuentre confinada en una única dirección espacio-temporal, que permita otra especie de variables que no enclaustran lo humano. Para Butler (1990, 2011, 2012), por ejemplo, la fantasía es un proceso de superación del encerramiento mismo, una manera de salir de los marcos de poder.

Más allá de esos intentos o esas proezas metafóricas en el mismo uso de la imaginación, por la búsqueda y el aprendizaje de lo humano, deslegitimando y olvidando hasta las fronteras del dolor, ¿qué moldea la conducta del hombre? ¿Qué hace que sea capaz hasta de normalizar la sevicia? A este respecto, Levi (1995) aseveraba que quien se cree vencedor, se cree capaz de adueñarse de la verdad, de manipularla a tal punto que ya encontraría la forma de justificar las fosas comunes. La versión del protagonista al que hace alusión Levi, supone la elaboración de una base en la que se permite la gran negación de lo otro. Dicha retención del juicio es una reserva contra la tentación de que existan otros y deba hacerseles reconocimiento.

El hilo conductor de esta forma de presentar lo humano en un proceso de des-humanización, cifra una manifestación que desprecia no solamente al otro, sino al sí mismo que lo conduce, dado que, en palabras francas, el sí mismo puede empoderarse a tal punto que deslegitima la misma condición de humanidad. Esto gracias a que no se reconoce o se refleja, para este tipo de hombres, su existencia en la existencia del otro. Así, afirmará Levi: "Pocos son los hombres que saben caminar a la muerte con dignidad, y muchas veces no aquellos de quienes lo esperaríamos" (2014, p. 17).

Por ello, resulta urgente la necesidad de cambiar los presupuestos, debido a las distintas catástrofes en las que el hombre se ha visto envuelto. Según Roig (1981), algunas veces nos equivocamos en la versión que damos del hombre. Hablamos de él en un sentido antropológico, pensado de esta forma como: uno, universal, en el papel de vencedor, histórico, civilizador, con visos de moderno y con un pensamiento científico. Si se obliga una exploración con mayor profundidad, el análisis da cuenta de cómo los hombres en su gran extensión muestran, a saber, más bien una realidad que acentúa los vencidos, los particulares, los bárbaros, aquellos que aparecen con instintos primitivos y dominados por una forma colonial de poder. Esta mirada enmudece la realidad misma del hombre que se encuentra particularmente aislado y frágil. Como señala Levi:

Esto es el infierno. Hoy, en nuestro tiempo el infierno debe de ser así, una sala grande y vacía y nosotros cansados teniendo que estar en pie, y hay un grifo que

gotea y el agua no se puede beber, y esperamos algo realmente terrible y no sucede nada y sigue sin suceder nada. (2014, p. 21)

Entonces, ocurrida la gran decadencia, ¿qué sentido puede tener el develamiento del carácter experiencial de la condición humana? Tiene el carácter de develar la génesis demasiado humana. En aquella se da valor a que no exista una negación de otros hombres o de las formas en que se experimenta o se experimenta lo humano. No obstante, sobre lo anterior surge una crítica, acerca de qué es aquello que pueda o deba salir a la luz pública cuando el referente ha de ser la condición humana. Para responder, es necesario, por tanto, una exploración sobre el modo de ser del sujeto, entendiendo esto como una instancia antropológica posibilitadora de toda objetividad, de toda relación con los objetos. Se debe analizar el sujeto plural, que es parte de una comunidad universal, como bien lo señala Hegel (1977). En esta, el sujeto y su humanidad se encuentran posicionados de manera específica: el hombre enfrenta una importante dependencia que agota sus posibilidades.

Para concluir, se podría decir que la condición humana muchas veces se puede comparar con una materia inerte, a la espera de un espíritu vivificador. Empero, lo humano se afirma solo en la prioridad: la afirmación del sujeto y su valoración. Se debe recomenzar la tarea de interrogar los presupuestos generales que conforman lo humano. La idea es encontrar formas de resonancia y de continuidad que permitan orientar una lectura, tanto del sujeto en particular como de manera colectiva. La condición humana debe tener la posibilidad de visualizarse a sí misma como legítima. En esa medida, debe desentenderse de ver al otro como un hombre inferior, sometido y puesto en el mundo como obrero. Preocuparse sin sentido ha sumido al hombre en su propio desconocimiento. La mayor pérdida de los años de vida ha sido aprender códigos que realmente no tienen una relación directa con sus vivencias más íntimas. La educación, en ese sentido, debería hallar una mejor correlación entre las preguntas que un sujeto se plantea y la manera en que pueda advertir soluciones.

Lo humano se aprende en la comunicación. Bien señala Gadamer (2010), cuando aduce que la conversación es aquel medio que nos ayuda a pasar de

lo subjetivo a lo objetivo. Este diálogo ininterrumpido abre la puerta para que sea posible confrontar las propias ideas con el otro y hallar esos comunes denominadores que le dicen a la existencia que va por buen camino o que yerra. Solo la conversación puede eliminar esas barreras y distancias que limitan al hombre, más cuando este permanece en una soledad extraña. Además, por medio de la conversación nuestra experiencia de vida no se reduce a una vida, sino que integra distintas voces que ayudan a configurar un sujeto relacionado. Esto quiere decir, la transmisión y la confrontación de ideas repercute en una forma que se construye lo humano de manera contundente.

Por eso, en este desaprenderse para aprenderse es importante la visión de Sloterdijk, cuando sostiene que el hombre se ha afincado sobre “los campamentos de base de la vida” (2012, p. 229). Desde estos, aspira a observar el mundo, sin darse cuenta que una misma posición o un solo foco de observación limitan cualquier viso de atreverse a vivir.

Allí no hay una clara manera de cambiar la vida. Vivir lo humano no supone quedarse sentado esperando a ver qué pasa. Algunas veces el hombre pasa sus días sin vivir; es preso de la monotonía; es esclavo de sus hábitos. De todas maneras, por más esfuerzo que se haga no todo puede ser interpretado.

Existen vivencias que basta con sentirlas, y eso supone, en parte, atreverse a vivir. Vivir lo humano podría parecer arriesgarse en un proyecto sin objetivos o metas predeterminados; contrariamente a ello, supone vivenciar lo que va sucediendo, sin asirse a ningún plan. Como señala Sloterdijk, refiriéndose a Goethe: “nosotros los hombres dependemos de la extensión y del movimiento” (2012, p. 229). Sin aprender esas maneras de sobrellevar la vida, el hombre estará admitiendo que se acostumbró a la guerra. Y si esto último ocurre, entonces, esta ha de poder ser la descripción más cercana de nuestra vida, cosa que como tal no debería suceder, de modo que resulta necesario desaprender para aprender a ser seres humanos: “Esta habrá de ser nuestra vida. Cada día según el ritmo establecido, *Ausrück* y *Einrücken*, salir y entrar; trabajar, dormir y comer; ponerse enfermo, curarse o morir” (Levi, 2014, p. 37).

Bibliografía

- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2007). *Responsabilidad y juicio*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2010). *Lo que quiero es comprender*. Madrid: Trotta.
- Aristóteles (1993). *Ética nicomáquea. Ética eudemia* (J. Pallí Bonet, Trad.). Madrid: Gredos.
- Aristóteles (2004). *Ética nicomáquea. Política*. (A. Robledo, Trad.). México: Porrúa.
- Aristóteles (2012). *Ética a Nicómaco* (J. Calvo, Trad.). Madrid: Alianza.
- Butler, J. (1990). Sujetos de sexo/género/deseo. En *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*. Nueva York: Routledge.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra*. México: Paidós.
- Butler, J. (2011). *El género en disputa*. Madrid: Paidós.
- Butler, J. (2012). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- Fernández, E. (2005). La condición humana como problema filosófico en Arturo Roig. La conformación de la subjetividad en las fronteras de la contingencia latinoamericana. *Revista de Estudios Latinoamericanos*, (40), 73-92.
- Gadamer, H. (2010). *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme.
- Hegel, G. (1977). *Introducción a la historia de la filosofía*. Buenos Aires: Aguilar.
- Honneth, A. (2007). *Reificación: un estudio en la teoría del reconocimiento*. Madrid: Katz.
- Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad.: ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.
- Levi, P. (1995). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik.
- Levi, P. (2014). *Si esto es un hombre*. Barcelona: Península.
- Lévinas, E. (1977). *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Roig, A. (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sloterdijk, P. (1989). *Crítica de la razón cínica I y II*. Madrid: Taurus.
- Sloterdijk, P. (2012). *Has de cambiar tu vida*. Valencia: Pre-Textos.
- Todorov, T. (1995). *La vida en común. Ensayo de antropología general*. Madrid: Taurus.
- Vásquez, F. (2009). *Custodiar la vida. Reflexiones sobre el cuidado de la cotidianidad*. Bogotá: Kimpres.